Tom. II. Num. 35. —73— 10 de Diciembbe de 1843.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

Mariquita la pelona.

CRÓNICA DEL SIGLO XV.

II.

En tanto que dan tierra á la defuncta, quierovos decir, curiosos leyentes, como el corregidor é la corregidora eran desposados luengos años habia sin haber fijos; é cobdiciábanlos como el campero la pluvia de mayo, é por fin habiale tocado su hora de bendicion á la corregidora con grande contentamiento del su marido. Sonrugíase que la tal dama siempre habia picado en antojadiza: ¡juzguedes si serloia en el tiempo de su preñedad! E como frisaba ya en los cincuenta, era ya mas que medianamientre calva é sin pelo, é mesmamente aquellos dias habia encomendado á una barbera que vivia en olor de bruja que le adobase una cabellera apostiza, salvo que non habia de ser de fembra defuncta, cá sesudamente decia la corregidora que si el cabello era de defuncto que gozaba de la superna gloria ó lastaba sus pecados en el purgadorio, profanamiento era levar prenda suya; é si yacia en el infierno, espantable cosa era traer en somo de la persona reliquias de un cuerpo damnado. E desque vido la corregidora la cabdalosa melena de María, antojósele para sí, é por eso llamó en poridad al corregidor, é rogóle afincadamientre de reducir á Maria á dejarse pelar, en tornando que tornase del mortuorio.—«Afirmovos,» decia el corregidor, «que pretendedes cosa bien peliaguda de recabdar, cá en tal guisa idololatra en su cabello la moza melenuda, que mas aina endurará que la manquen de un dedo, que leixarse toller un mechon de la crencha.»—«Yo vos aseguro,» respondia la corregidora, «que si hoy en este dia no finca por mi mano rasa é monda como un melon la cabeza de esa rapaza, lo que albergo en el vientre tiene de sacar una cabellera pintada en el rostro, é si acertase á ser fembra, catad ¡qué donosa fija se vos apareja!»—«Parad mientes en que Maria demandará quizaves por el trasquileo muy buenos escudos.»—«Parad mientes en que si non, malograr habedes vueso heredero ú heredera tan á duras penas generado, é remembrad de pasada que non sodes tan mancebo que debades fiduciar de reponerlo con otro.» Tornóle con eso al corregidor la espalda é partió para su aposento gritando: «cabellera pido, cabellera quiero, é si cabellera non hé, para mi santiguada si nunca pariere.» Habiase en tanto fecho el entierro sin mas novedad que de mentar fuese, si non que cuando por las calles algun maleante queria entre la multidad urgar á la fermosa Maria, el encapuzado de quien ayuso mencion ficimos, tiraba con prestedumbre una correa de só la loba, enderezaba un gentil zurriagazo al descomedido sin le decir palabra, é seguia cabadelante cual si cosa non hobiese acontescido. Tornado el acompañamiento del duelo, el corregidor trabó de la mano á Maria é díjole: «ora bien, honrada doncella, menester es que departamos los dos un poco en esotra cuadra,» é diciendo é faciendo metióla en el camarin de su mugier é asentóse en un sitial et inclinó la cabeza é manoseóse la barba en ademan de quien estodia el comienzo que conviene dar á la plática. Maria, un tanto abobada é confusa, fincó de pié frontera del corregidor, é abajó tambien homildemente los sus ojos negros como la endrina, é por facer algo, meneaba blandamente sobre la falda, los cabos de la faja que le apretaba la cintura, non sabiendo qué se prometer del gravedoso gesto é silencio largo del corregidor, quien alzando la vista é catando á Maria de suso ayuso, como la vido en positura tan modesta, priso dende motivo para saltar diciendo: «pardiez, Maria, que traedes un porte tan recatado é sanctimonioso,

que á tiro de ballesta se conosce que vos criades para monja tocanegrada; é si esto ansí fuere, cual me presumo, yo vos ofrezco de negociar como entreis en caostra sin dote, á trueco de que me regaledes cosa que va en somo de vos é que estonce non vos será necesaria.» —«Prométovos, señor corregidor,» repuso María, «que non creo me llame el Señor por aquese camino, cá estonce mi pobre padre fincaria sin el báculo de su vejedad en el mundo.» —«Agora pues, yo vos quiéro dar un consejo sano, hermana María; vos ganades el pan con sobrada fatiga, é debríades aprovechar el tiempo tanto como posible vos fuese. Hame dicho una vuesa vecina que para facer el vueso tocado perdedes cada dia mas de una hora: valiera mas que esa hora la emplegárades en vuesa labor que en las tejeduras é moños que facedes con vueso cabello.» —«Así es verdad, señor corregidor,» contestó María tornándose roja como unos claveles, «pero catad que non es culpa mia si hé una madeja de cabellos que para peinarlos é trauzarlos necesito un luengo rato cada mañana.» —«Digovos que si es vuesa la culpa,» redarguyó el corregidor, «ca si vos cortárades esa madeja, vos ahorrábades aquesos tranzados é peinaduras, é trabajaríades mas, é ganaríades mas, é non daríades ocasion á que se vos tache de vana, é digan que aun vos ha de levar el enemigo por las guedejas. Non vos acuitedes, ca ya columbro como vos asoman las lagrimillas, que las habedes en verdad farto someras; yo vos amonesto por el vueso bien sin interese ninguno: motiladvos, desmochadvos, rapadvos, buena María; é para tollervos el amargor del desmoche, yo vos endonaria cincuenta maravedís, siempre que me entriegárades la vuesa cabellera.» Cuando María oyó de buenas á primeras el ofrescimiento de tan razonable cuantía por el su cabello, paresciόle todo una burlería del corregidor é sonriyóse muy graciosamente alimpiándose las lágrimas é repitiendo: «¡cincuenta maravedís me endonades porque me pele!» Al corregidor (que diz non habia toda la trastienda de Ulixes) hóbole de parescer que aquella risa sinificaba que la moza non se pagaba de tan poco precio, é añadió: ósi non vos contentárades con cincuenta maravedís, darvos he ciento.» Estonce María vido moverse cabadelante una cortina del camarin facendo una grande bamba, é comprehendió que hí acechando estaba la corregidora, é que la bamba facíala su desaforada tripa; é como fuese María de buen engeño, calóse luego la entencion del corregidor é que seria un antojo de su oíslo, é puso su firmedumbre en no sofrir el tresquilamiento si non tiraba dende los quinientos maravedís necesarios para pagar al físico arábigo que habia de descegar á su padre de ella. Sobió el corregidor los cient maravedís á ciento cincuenta é despues á ducientos, é María proseguia sus risas, cabeceos é mohines; é cadaque el corregidor facia una puja é María contrafacia la dengosa, cuasi cuasi cobdiciaba ella que el corregidor se retrayera del su propósito, por lo mucho que le dolia se despojar de aquel preciado ornamiento, non embargante que grangear habia por él la salud del su padre. En soma, el corregidor ganoso de cerrar el trato, ca veyendo estaba las idas é venidas de la cortina, é conoscia por ellas la comezon é ansiedad que traeria la su velada, remató clamando: «ea, rapaza, quinientos maravedís se vos dan: catad noramala si vos acomoda.» —«Norabuena,» respondió sospirando María como si fugiéragele el alma de las carnes con aquesa palabra; «norabuena, siempre que non se haya de saber que finco pelona.» —«Yo vos lo fio» dijo la corregidora entrando en la cuadra con unas aguzadas tiseras en la mano é una fasaleja al brazo. Como vido María las tiseras, tornóse amarilla al par de la cera; é cuando la mandaron asentar en la silla del sacrificio, sintióse descaecer é hobo de pedir un sorbo de agua; e cuando cingiéronle la fasaleja en torno de la garganta, cuéntase que hobiera partido de carrera á non haberle fallido los espíritus; é cuando á la primer tiserada sintió el frio del hierro, digovos que le paresció que le atravesaban el cuer con una daga buida. Posible non fué que mantoviese la cabeza queda un momento durante la tonsuracion se facia; desviábase mal su grado á un lado é otro fugiendo las mordedoras tiseras, cuyo fuerte golpeo é crujido ferriale acerbamente las orejas; nada empero valian sus meneos é trajin á la mezquina tresquilada, ca la pertinaz tresquiladora, con el ansia é cobdicia de una mugier en cinta que satisfaz un antojo, tomábale bien ó mal á puñados los cabellos é íbaselos bravamente cercenando, é caian en la blanca fasaleja escorriéndose dende fasta pervenir en el suelo.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

EL CAMISOLIN.

ROMANCE.

A mi amigo don Santos Lopez Pelegrin.

Ya que *Abenamar* intrépido,
mas intrépido que le Cid,
descargó tajos furiosos
en el pobre *corbatin*;
yo que aborrezco de muerte,
y aun creo poco decir,

al rey de las engañifas
llamado *camisolin*
por infinitos cristianos
que de él se suelen servir;
voy á desfogar mi cólera
contra un rey tan baladí,
sacándole todos juntos
sus trapos á relucir.
El *camisolin* menguado
tiene la intencion tan vil
que á sus vasallos mas fieles
convierte en *hazme reir*
de todo vicho viviente
que vive riendo así.
Ahí es nada con la gracia!
líbreme de ella S. Luis,
y á todos cuantos católicos
se acierten á suscribir
á La Risa, por zafarse
de caer en tal desliz.
Si la tradicion no miente
ni los libros que leí,
el orígen de mi héroe
fué de lo mas infeliz
que los nacidos han visto
ni verán hasta su fin;
los frios y la pobreza
le dieron el existir,
y como andan muy joyantes
todavía por aquí,
si no le hacemos la guerra
casi casi está en un tris
que consiga el bribonzuelo
las honras del *porvenir*.
En guardia y... no echarlo á broma;
pues si dicen por ahí
que *quien nació para ochavo*
de cuarto no ha de servir,
hay en esto sus bemoles;
porque *ochavos* conocí
y aun si me apuran ustedes
blancas y maravedís,
que sin llegar á ser *cuartos*,
daria yo un Potosí
porque lo fuesen mañana,
pudieron bien conseguir
incrustarse en onzas de oro,
y antes muchos que yo ví
pasar por buena moneda
del *peruano* confin.
Y cuidado que las onzas
no son un grano de anís;
pues como yo las tuviese
no emplearia este ardid
para enviar á cardar lana
á un ente tan malandrin,
á esa *camisa-proyecto*,
que nunca ví discutir,
al camisolin, señores,
á ese soberano ruin
que por darme mas que hacer
hasta es... asonante en i.
Hablando cristianamente,
¿quién, que tenga algun magin,
se humilla hasta el loco estremo
de llevarse sobre sí
al hijo de la miseria
y del hielo mas sutil?...
O no sé lo que me digo
ó no puedo concebir,
lo que es un chico nequaquam
que soy del sexo viril,
por mas y mas que discurro
que en esta mansion *feliz*
haya un hombre bautizado
que así se quiera abatir.
Escúcheme cada prójimo
desde Galicia á Madrid,
desde el cabo de las Peñas
al castillo de Monjuich;
oiga los *considerandos*
con que le voy á embestir,
y si en cuanto los esponga
no está la razon por mí,
consiento en traerme al hombro,
y es resignarme á sufrir,
al trampa que mas me carga,
al tapa m... aulas petit,
al fragmento mas plebeyo
y, *por variar*, repetir,
al rey de las engañifas
llamado *camisolin*
por mucha gente *non sancta*
que de él se suele servir.
Considerando primero
que el jóven D. Pelegrin
se halla en un *soiré* magnífico
hecho un *lion*, un *dandy*,
pase la terminológia,
que hoy está en boga escribir,
valiéndose de espresiones
de Londres, y de París,
de Nápoles de Alemania
y hasta de Arabia y Pekin,
cual si el riquísimo idioma
de *Cervantes* y *Solís*,
no tuviera voz alguna
con que aquellas traducir,
vuelvo pues á mi *soiré*:
don Pelegrin está allí

elegante como un novio,
mas no se puede pedir:
en cuanto ve coyuntura,
va listo como un neblí,
al lado de su Carlota;
la de frente de jazmin,
de ojos negros, pelo etc.
dando envidia á mas de mil:
á lo mejor de la fiesta
se la cae un alhelí;
bajan todos á cojerle
bájase el amante y... pif..!
por detras de la mollera
sale sin nada advertir
una cosa grande y blanca
cual vela de un bergantin,
que convierte en un minuto
al elegante adalid
en guardia español walona,
en guardia de Mehemet-Alí,
en guarniciones con patas,
y lo que es mas de sentir
en mono de todo el mundo
hasta de su serafin,
de su adorada Carlota
que le despacha á gemir.
Considerando, segundo,
que don Gerónimo Lis,
jóven muy rico y apuesto,
mayorazgo en Alcañiz,
que viene á la córte solo
á ver y en fin á vivir,
echando á rodar alegre
su inacabable monis,
se planta un dia en el Prado
en guisa de seducir,
que se pasea tan sério,
y que al punto junto á sí
encuentra miles de chicos
que no le dejan seguir,
atronándole á silvidos
y llamándole arlequin;
se atufa el mayorazguete
creyéndose en un toril,
y comienza como un loco
sendos golpes á esparcir:
toca por casualidad
la ropa á un espadachin,
que le reta en el instante,
le da un tajo en la nariz,
diciéndole al despedirse:
—Si vd. trata de seguir,
sin ser juguete de todos,
en este ameno jardin
no gaste *camisolines*,
que le pueden reducir
á pasar, señor don Facha,
peor vida que Caín.—
Entonces el pobre hombre
llega en la nuca á sentir
las cintas y las valonas
del tapa m...aulas malsin.
Mucho mas decir pudiera;
pero quiero concluir
porque el maldito asonante
no me ayuda con las *ís*,
y porque estoy convencido
de que quien tenga majin,
si recuerda los ejemplos
que aquí pude reunir,
no se humillará al estremo
de llevarse sobre sí
al rey de las engañifas
llamado camisolin,
por cierta gente del bronce
que de él se suele servir.
El autor de este romance
se rie como lo oís
y no tendrá compasion
á fuer de buen paladin,
de cuantos por ser faroles
y por riqueza finjir,
se pierden á una cristiana
mas linda que un querubin,
y se esponen á la burla
de cuantos les ven venir
como yo; cuando de *risa*
estas coplas escribí.

José María de Albuerne.

Carta

DEL CHIQUILLO QUE VOLÓ DEL VIENTRE DE SU MADRE CUANDO SE INCENDIÓ EL POLVORIN. (*Vease el número* 27.)

Oh madre mia! si es que madre puedo tener en un pais en que estoy temiendo que hasta los rios se queden sin madre: despues de aquellos deliciosos ratos de delicioso silencio que pasabamos deliciosamente, vd. donde la llevaban los piés y yo siempre emboscado en el arca de los fetos, como pájaro en el nido, como barcelonés en barricada ó como san Alejo debajo de la escalera, he visto mucho de lo que vd. no ha visto; porque los desventurados hijos de la tierra tienen la desgracia de no saber la mitad de lo que en la tierra pasa, y esto consiste sin duda en que todo tiene su punto de vista y tal vez no se vea

la tierra sino desde el LIMBO, que es donde yo me encuentro para lo que vd. guste mandar. Disputaba un filósofo con otro filósofo allá en otros tiempos y en otras tierras, que si hubiera sido en estos dias y en España hubiera bastado decir un hombre con otro hombre; porque ahora todos son filósofos. Disputaban, repito, dos filósofos, sobre si una torre era redonda ó cuadrada. El que decia que era cuadrada la miraba de cerca y esclamaba « no lo ve vd ? es cuadrada, está formada la base por cuatro líneas rectas perpendiculares entre sí,» y el otro no tenia que contestarle porque sabia muy bien que para ser redonda necesitaba que los puntos de la circunferencia de la base estuvieran todos equidistantes del centro, ó hablando con mas brevedad, bastaba que la base fuera una circunferencia de círculo. Pero tomando al compañero por un brazo le llevó á un cuarto de legua de distancia y le dijo: ¿ ve vd. la torre ? — Sí señor. —¿ Y qué le parece á vd. desde aquí, cuadrada ó redonda ?—Hombre, le respondió el otro, yo estoy convencido de que es cuadrada pero desde aquí parece redonda.—Quedo satisfecho, dijo el primero, eso consiste en que todo tiene su punto de vista. Vd. dice que es cuadrada y yo digo que es redonda, por que vd. cree que la torre se debe ver desde cerca y yo creo que este es el verdadero punto de vista. Así pues, querida madre, no dude vd. que la tierra tiene distintos puntos de vista desde donde la inmensidad del globo se hace mas prodijiosa y los hombres se distinguen tan pequeños como son.

He cruzado el firmamento en alas de los zéfiros y de los huracanes, ora pausado y silencioso como oja desprendida del árbol, ora azotando los elementos con pasmosa velocidad. Cuando desde cierta altura contemplaba á los habitantes de la tierra no podia menos de esclamar:

Madre mia, no te asombres,
si de tí *parto contento.*
¡ Qué grande es el firmamento !
¡ Qué pequeños son los hombres !
Desde regiones amigas
veo letrados, labriegos,
y los grandes palaciegos
que me parecen hormigas.
No se ven los uniformes,
ni toisones, ni entorchados,
y así veo tan menguados
los que antes ví tan disformes.
Ver creo leyes y reyes;
y donde seguro creo
ver leyes y reyes, veo
que no hay ni reyes ni leyes.
Entre congojas y penas
veo pueblos machacones
machacar los eslabones
de sus pesadas cadenas.
Veo los hombres cambiar
de camisa y parecer,
los unos por no perder
y los otros por ganar.
Veo antiguos caballeros
hoy mendigar una sopa
y veo llenos de ropa
los que nacieron en cueros.
Veo llamar literatos
á los mortales mas rudos.
Veo padres narigudos
que tienen los hijos chatos.
Veo el terrible suplicio
levantarse al inocente,
veo que rápidamente
se acerca el dia del juicio.
Veo tambien... pero no,
que ustedes lo ven tambien
y si ustedes no lo ven
venga Dios y vealó.
Hago punto y no te asombres
si doy otro giro al cuento.
¡Qué grande es el firmamento!
¡Qué pequeños son los hombres!

—

Aquí somos mas grandes á pesar de ser mas niños ; la cosa anda á pedir de boca y como no hay rebeldes no hay castigos, aunque bien puede volverse por pasiva y decir, que no hay díscolos por que no hay mandarines desalmados.

Todo se repara aquí, madre mia, hasta el nombre de los que han de penetrar en este recinto es menester que diga algo, sirva para algo y tenga analojia con las circunstancias físicas y morales del sugeto. Por ejemplo: uno que se llame *Redondo*, ha de ser lo *mas redondo* que exista en la *redondez* del mundo ; ha de ser mas que una naranja; ha de ser una bola de villar.

En esa tierra se llama *Flores* á cualquiera, aun-

que sea la estatua del invierno. Aquí un señor *Flores* es un señor tiesto de albahaca. El señor *Blanco*, ha de ser como un requeson reciente, y ningun *Moreno* puede ser *Blanco* de los tiros de la maledicencia. A las Concepciones no se las llama *Conchas*; porque para llamarse *Conchas* es menester tener mas que un galápago, y ninguna señora doña *Concha* se casa sino encuentra algun señor don Caracol.

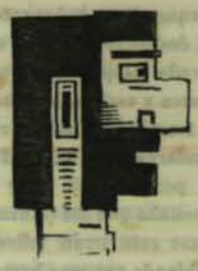
El Sr. Delgado, editor de comedias de Madrid, no diremos que es muy gordo, pero tampoco es todo lo delgado que su nombre hace presumir. En este sitio no campa ningun Sr. Delgado, á menos que no se parezca á este mocito.

El Sr. Zorrilla supongo que será en esa un hombre como los demas, mas ó menos alto, bajo, gordo ó delgado ; esto por lo que hace á su físico, pues respecto á su talento ya sé que hay pocos hombres que rayen donde Zorrilla. Pero este señor con todo su genio y toda su reputacion, no tiene entrada aquí donde todos los que se llaman Zorrillas tienen la forma y calidades de zorra con el tamaño de grillo.

El Sr. Calderon aquí es un caldero enormemente superlativo; el Sr. Mata tiene diversas formas : puede ser mata de trigo, ó mata de avena, y si tiene la nariz larga y muy semejante á un candil, le llaman Mata-candil.

El Sr. Mellado de acá, es tan mellado que no tiene colmillos arriba y le faltan los de abajo. Esto, si es bueno porque puede eximirse de las quintas, es malo porque no puede comer cosa dura, como el turron, que es la vianda mas de moda, y mas abundante en nuestros dias.

El Sr. Príncipe es un príncipe real, que no hace versos, ni devocionarios, ni comedias, ni historias, como los Príncipes de ahí. Aquí nos llevamos de aquella sentencia francesa que dice que basta nacer *grande* para ser *pequeño* toda la vida. Pero lo que tiene aquí mucho que ver es al *Sr. de Cuadros* que por esas tierras será tal vez un señor esferoide ó triangular. El *Sr. Cuadros* de acá es un tablero de damas de arriba á abajo; los ojos cuadrados, las orejas cuadradas, la boca cuadrada, el paño de la levita y pantalon, lleno de cuadros; la chalina de cuadros, la camisa de color con cuadros, chaleco, sombrero, capa, y en fin, hasta las botas, tienen cuadros. Siento no poder enviar un retrato exacto de este hombre; pero en cambio ahí va un bosquejo aproximado.



El Sr. Pardo es todo pardo ; el Sr. Salmon parece que le acaban de pescar, vivito y fresco. D. Fulano La-casa, D. Zutano de la Torre y D. Mengano del Castillo son tres edificios vivos que tienen alma, voluntad y entendimiento, y solo se diferencian en que el uno tiene figura de castillo, como el de Figueras, el otro de torre, como la de Sta. Cruz, y el otro es una casa con sus puertas, ventanas, balcones, tejas y canelones. El Sr. Montes es un hombre que cria encinas por barbas, y tomillos y enzarzados entre los cuales andan á miles los elefantes y javalíes en batalla. El Sr. Cano tiene el pelo mas blanco que el Sr. Lino. El Sr. La-fuente es una Cibeles ó un Neptuno ó unas Cuatro estaciones del Prado de Madrid. El Sr. Pino da piñones, el Sr. Manzano manzanas. El Sr. Rubí es una piedra preciosa ; el señor Diana es un tambor que despierta á la gente por las mañanas y nadie le zumbe con una treta, porque le aturdirá los oidos con una re-treta. El Sr. Campos es un lugar donde pasea el Sr. Pastor con el señor Ovejas que es un rebaño de ellas, y para escarmentar á Gerardo Lobo lleva al lado al Sr. Can-seco que es un perro casi en los huesos. Escusado es pintar al Sr. Ovejas cuando puedo mandar á vd. el retrato del Sr. Cordero que es aquí un cordero en toda la estension de la palabra.

Con que figurense vds. como tendrán aquí entrada esa porcion de hombres cuyos nombres ó no dicen la verdad ó no dicen nada. Digan al Sr. Hart-

zenbusch que no venga por acá ni el Sr. Ayguals de Izco, ni el señor Ribot y Fontseré: porque no se les consentirá á menos que renieguen de sus nombres. Aquí no se leen mas que dos cosas: La Risa porque tiene estravagancias y las *Poesias de* Villergas por ser estravagantes. Tendrá vd. la bondad de mandarme un ejemplar de estas antes que se acaben y darme en caso contrario la contestacion de la *Sociedad Literaria* de la calle de S. Roque.

Dícese que va á haber una amnistia en España para los emigrados politicos; diga vd. que la hagan estensiva á los muertos, y verá vd. bandadas de condenados desalojar las vecinas comarcas, que son infierno y purgatorio, donde tantos proscritos gimen, víctimas de la revolucion del cólera, la insurreccion del tifus, el pronunciamiento del bubon, y otras sublevaciones de la misma casta; yo entre tanto quedo aquí sin saber una jota de lo que pasa por ahí, es decir, que estoy como niño en el Limbo.—N.

Contestacion de la Sociedad Literaria.

Por el correo de hoy envio á vd. el ejemplar de mis poesias, y si mas quieren mas tendrán, con tal que las pidan pronto porque ya se van acabando; el precio es 12 rs. en Madrid y 14 en las provincias para los suscritores á La Risa.

Queda de vd. su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

Juan Martinez Villergas.

MODAS.

Los figurines que hemos recibido por este correo son tan cucos y bonitos como todo lo que viene de Francia. Hemos tenido al mismo tiempo noticias muy minuciosas de las costumbres de Paris, de cuyo conocimiento no podemos privar á nuestros lectores.

Traje de boda. El novio ha de llevar un cucurucho en la frente como si le fueran á emplumar; calzon de pita con un letrero en la barriga que diga *Hoy se saca ánima*; chaqueta de alamares, zapatos rusos y banderillas. La novia ha de ir á la iglesia con chanclos, zaragüelles, baston de estoque y sombrero calañés. Los padrinos hande imitar en el traje á los novios.

Ademas se estila que los novios y los padrinos vayan á la iglesia en unas aguaderas. El padre del novio, vestido de mameluco con mitra, ha de llevar al burro del ramal, y la madre de la novia ha de ir detrás, pidiendo limosna para las ánimas, en cazuela besuguera.

Mientras dure la misa los novios han de estar dando vueltas en los caballos del Tio Vivo, despues han de sufrir doscientos azotes delante de toda la gente, y con esto y comer un vizcocho quedan casados para sécula sin fin.

Es de rigor comer á las once de la noche. La mesa ha de ser larga y estrecha como banco de taberna. Ha de haber esteras por mantel y ruedos por servilleta. No se usan cubiertos; cada uno se ingenia como puede, si lo que se le presenta es sólido mete las dos manos á un tiempo, y si es líquido, échase de bruces á beber. Los convidados han de ir todos vestidos de monaguillos y han de tener durante la comida, los caballeros un falderito encima de las rodillas, y las señoras un perro mastin.

Tambien en los manjares ha entrado la moda. Primero se sirve una rica salsa de tomate, luego viene la sopa de jabon con corcho, despues unas tachuelas en escabeche, sorbete de birutas y arrope de la Seca, y una copa por barba de aguardiente alcanforado. Continuarémos en los siguientes números con la descripcion de estas y otras costumbres.

V.

EPIGRAMAS.

—

A una cátedra Simon
hace *oposicion*, y creo
que colmará su ambicion;
pues no es el primer empleo
que pesca la *oposicion*.

—

Jura Blas por S. Miguel
no llevar coche jamas,
pero es porque quiere Blas
que el coche le lleve á él.

—

Un confesor que Pilar
llena de entusiasmo, ensalza,
á la vírgen del Henar
mandó que fuera descalza.
Y en efecto allá se fué
por cumplir su penitencia
descalza de pierna y pié;
pero fué en la diligencia.

Juan Martinez Villergas.

AMBIGU.

Chuletas de ternera con criadillas.

Se mechan con tocino y criadillas cortadas en pedacitos; se cubre el fondo de una cazuela con lonjas de tocino, y encima se ponen dos chuletas con una ó dos zanahorias, una cebolla, sal, pimienta y un manojo de yerbas, y se vuelven á cubrir con otras lonjas, se moja todo con caldo y vino blanco por mitad, y se cuecen á fuego lento hasta que esten en sazon; se desengrasa luego el cocimiento, y se añade una cucharada de sustancia, y si conviene una salsa de mermelada.

Chuletas á la leonesa.

Se machacan con tocino, pepinillos y hebras de anchoas; poniéndolas en adobo en aceite por una hora á lo menos, con sal, pimienta, chalotas, yerbas finas y peregil, todo picado; despues se rebozan en lonjas de tocino, y se hacen cocer en adobo.

Se pondrá un poco de manteca y un puñado de harina en una cazuela, yerbas finas y ajos picados, mojándolas con el cocido hecho bien desengrasado; y para servirlo se añade el jugo de un limon, ó unas gotillas de vinagre.

Chuletas de ternera empanadas y tostadas.

Despues que hayan estado en adobo una ó dos horas con aceite, yerbas finas, sal, pimienta, el jugo de un limon y unas gotas de vinagre, se les polvorea con una miga de pan deshecha con la mano para que se tuesten á fuego lento, y se sirven con la salsa que se quiera.

Chuletas mechadas.

Se aplanan con un machete mojado: despues se mechan con tocino cortado en tajadas delgadas, y se hacen cocer de la misma manera que el trozo de ternera mechada, y se sirven con toda especie de salsas.

Chuletas de ternera en papel.

Se las pone en adobo como se ha dicho: se pican despues yerbas finas con tocino, y se le mezcla la miga de pan, se polvorean con raspaduras, y se les mete en una hoja de papel dado de aceite ó manteca, despues se ponen en parrillas á un fuego templado para servirlas con el papel.

Espaldilla de ternera estofada.

Se pondrán en el fondo de una cazuela lonjas de tocino, y encima una espaldilla de ternera con zanahorias, cebollas, un ramillete, sal y pimienta, humedecido todo con caldo y unas gotas de vinagre y ruedas de limon, sin corteza ni pepitas; se pone á cocer todo á un fuego lento por encima y por debajo, se pasa, se desengrasa y se reduce para servirlo. Igualmente se puede, si se quiere, quitarla los huesos y picarla.

LA CARCAJADA.

Las dos primeras entregas de esta coleccion de producciones jocosas de nuestros escri.. 's antiguos, han obtenido tan favorable acogida del público, que habiéndose agotado su primera numerosa edicion, está en prensa la segunda. La tercera entrega contiene entre otras composiciones en prosa y verso, las *Epístolas del Caballero de la Tenaza* y el famoso soneto que escribió Quevedo *A una nariz*, con una bellísima caricatura.

Este tesoro de nuestra literatura antigua, se publica bajo la direccion de D. Wenceslao Ayguals de Izco con el mismo lujo tipográfico, profusion de caricaturas grabadas por los mejores artistas y en las mismas dimensiones que La Risa; por manera, que los suscritores de cada una de estas obras deben serlo de la otra si quieren tener una coleccion completa de lo mejor que se ha escrito desde la mas remota antigüedad, con todos los retratos perfectamente litografiados de los mas célebres escritores asi antiguos como modernos. La Risa y La Carcajada no forman mas que un solo pensamiento, y hacemos esta advertencia á los Sres. suscritores, por las ventajas que les ofrece el estar suscritos á estas dos obras.

Salen dos entregas cada mes. Se suscribe al cómodo precio de 12 rs. por trimestre, y 10 para los suscritores á La Risa ó á cualquiera de las demas obras de la *Sociedad Literaria*.

MADRID.—1843.

Imprenta de la Sociedad Literaria